

A travel backpack is resting on a large, mossy stone ledge. The backpack is olive green with brown straps and buckles. In the background, a stream flows over a stone structure, surrounded by trees and foliage. The scene is outdoors and appears to be in a natural setting.

Marta Sebastián Pérez

EL AMANECER DE UN SUEÑO

EL AMANECER DE UN SUEÑO

SUEÑO DE CRISTAL II

MARTA SEBASTIÁN

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El amanecer de un sueño. Sueño de cristal II.*

© Marta Sebastián Pérez, 2018.

Corrección: *Lector Cero.*

Diseño de portada: *Sara Sebastián.*

Maquetación: *Yeivit.*

*A todos los que nunca dejan de creer en el amor.
A Luismi, que me despierta cada día con un beso
y me duermo abrazada a sus "te quiero"*

1

Respiró hondo. Seguía teniendo náuseas. A lo largo del viaje habían tenido que detenerse en más de una ocasión porque ella no paraba de tener esa sensación de que iba a vomitar. Ismael había tenido una paciencia tremenda. Pero eso no era novedad. Una parte de ella hubiera deseado que no fuera así, que en algún momento se hartara de sus quejas y hubiera decidido dar marcha atrás y no tener que soportar más el viaje que le había dado. Pero no. Ismael, además de paciente, era cabezota y difícil hacerle cambiar de opinión.

Y ahora estaba ahí, con el coche parado delante de su casa. Miró por la ventana y contempló lo que durante toda su vida había llamado hogar. Cómo cambiaba la vida. Solo habían pasado unos pocos meses y le parecía que hacía siglos que se había escapado de esas cuatro paredes.

Tantos malditos recuerdos. No, no era justo llamarlos así. La mayoría de ellos eran dulces, divertidos... Queridos. Pero esos últimos días lo habían manchado todo, lo habían emborronado. Todos sus recuerdos de infancia y adolescencia ya no le parecían puros, ya no le parecían reales, no eran completos... Faltaba algo que nunca creyó necesitar: su padre.

Su madre le había robado la figura paterna, la había convencido de que estaba mejor así. ¿Cómo no creerlo si nunca había conocido otra cosa? Pero si hasta se había sentido orgullosa de su madre, del valor que tenía criar a una hija ella sola en un pueblo pequeño. Y ahora... ahora no sabía qué sentir, no sabía quién era realmente su madre.

Notó la mano de Ismael atrapando la suya con suavidad. Tardó unos segundos en volverse hacia él. Suspiró y lo

miró. Él la miraba con dulzura y un pequeño brillo de temor en sus pupilas. Sabía que estaba preocupado por ella. Y en esos momentos tenía muchos motivos para estarlo.

Llevaba todo el viaje, y todos los días anteriores, pensando en cómo plantearse el encuentro, en cómo enfrentarse con su madre y todos los sentimientos que la dominaban, que la atacaban por todos lados. Y sentía que no era capaz. No era capaz de controlar todo lo que la gobernaba. Sabía que su cabeza tenía que imponerse a sus miedos. Lo sabía, pero no se sentía capaz. Se llamó cobardica mentalmente. Miedosa. Incluso estúpida. ¿Por qué no podía salir con valor de ese coche, llamar a la puerta y enfrentarse a su madre? ¿Qué temía? ¿Qué era lo que la tenía paralizada?

En el fondo lo sabía. Temía que su madre le expusiera un punto de vista que volviera a dar la vuelta a todo lo que ella pensaba; pero, a la vez y aún mucho más, temía que su madre no tuviera una versión diferente, que sí fuera la mala de esa historia. Y no quería eso. No. No podía plantearse eso.

Se echó hacia delante y puso la cabeza entre las piernas. Sentía que le faltaba el aire. Incluso le parecía notar sus pulmones vacíos, encogiéndose, negándose a aceptar más aire. La mano de Ismael le acarició el pelo.

—Tranquila, estoy a tu lado.

Levantó la cabeza, miró al frente, suspiró y abrió la puerta del coche. La mano de Ismael buscó la suya.

—Solo cuando estés preparada.

¿Preparada? ¿Preparada para enfrentarse a su madre y tener que afrontar y decidir con ella cuál iba a ser su futuro? Sonrió levemente.

—Creo que nunca voy a estarlo. Vamos.

Sacó su mano muy despacio de entre los dedos de Ismael y salió del coche. El aire fresco y húmedo de Galicia le dio la bienvenida. Ese olor que durante toda su vida había impregnado su piel, el sonido del viento y los pájaros que había acompañado sus pasos, sus días y sus noches. Cerró los ojos y respiró profundamente. En el fondo había echado de menos ese lugar. Su origen, sus raíces, sus recuerdos.

Ismael sacó las maletas del coche y se puso a su lado, en respetuoso silencio. Volvió a suspirar. Le dedicó una leve sonrisa. Se dio ánimos mentalmente y entró en el jardín de su casa, directa hacia la puerta. Tenía la sensación de ir a toda prisa y, sin embargo, el pequeño camino se le hizo eterno. No tuvo que llamar a la puerta. Se abrió de golpe y su madre salió como un vendaval hacia ella, lanzándose a sus brazos como si fuera una niña pequeña.

—¡Antía, mi niña! No me lo puedo creer, estás aquí.

Su madre la abrazó con fuerza. Ella no podía ni levantar los brazos para devolverle el abrazo. Su madre no paraba de hablar. Notó cómo le cogía la cara entre sus manos y le daba besos en las mejillas.

—¿Cómo no se te ocurrió avisarme?

Notó la mirada de Ismael sobre ella. Esa información no se la había dado. No es que le hubiera mentado, simplemente había omitido el detalle de que no había advertido a su madre de su visita. No la había avisado porque no quería que se preparara, que buscara una excusa. Quería que no le quedara más remedio que ser sincera. Y temía que Ismael le echara la bronca por ello.

Y, de pronto, su madre se dio cuenta de su presencia. Se separó de ella y lo miró fijamente, analizándole. Se acercó hacia él y le tendió la mano mientras la miraba por el rabillo del ojo.

—¿Y este chico tan guapo que me traes? ¿No me lo presentas?

—Claro que sí, mamá. Él es Ismael. —Se sintió muy rara llamándola mamá.

—Es un placer conocerla, señora.

—No me llames señora, que no soy tan vieja. Mejor Carolina. O Carol. Y, por supuesto, tutéame.

—De acuerdo.

Se sentía incomoda con esa actitud de su madre. Esa amabilidad, esa sonrisa, ese comportamiento como si nada hubiera pasado. Como si no le hubiera mentado, como si no hubiera querido convencerla para que siguiera con Roberto.

—Bueno, ¿qué hacemos aquí fuera? Vamos dentro. ¿Cuánto os vais a quedar?

—Solo el fin de semana.

—Pero eso es muy poco tiempo, no puede ser.

Su madre empezó a subir las escaleras que accedían a la planta principal. Ismael se aproximó a ella, la rodeó con su brazo y le dio un beso en el cabello.

—Ánimo, niña.

Cerró los ojos, se apoyó en el pecho de Ismael y aspiró el olor de su chico. Ahí sí que sentía como en casa. Luego volvió a abrir los ojos, sonrió levemente y empezó a seguir los pasos de su madre por la escalera. Directos a su pasado. Directos a su futuro.

2

—¿Queréis tomar algo? Seguro que estáis agotados después de un viaje tan largo. ¿Habéis tenido mucho tráfico?

Su madre parlotteaba sin cesar. Les había indicado que dejaran las maletas en la que había sido su habitación y se habían dirigido al salón, mientras le iba señalando a Ismael dónde estaba cada una de las zonas de la casa. Él contestaba con educación. Y ella... ella se iba poniendo más y más nerviosa a cada segundo que pasaba.

—Mamá, no queremos nada. —Seca, cortante, quizás demasiado.

Notó las miradas de los dos sobre ella y vio la sombra de la duda cruzando las pupilas de su madre. O quizás fue solo su imaginación porque duró solo un instante; y luego volvió a ser ella y a esa mirada que, durante los últimos días que había pasado allí, había empezado a odiar.

—Ay, Antía. Siempre igual. Que tú no quieras nada no significa que Ismael tampoco. Qué mala anfitriona has sido siempre.

—Su hija me conoce muy bien y sabe que no deseo nada, muchas gracias. No se preocupe por mí.

Ismael se mostró conciliador y ella, durante unos segundos, lo odió por eso. Ella no quería que fuese amable con su madre, no. En esos momentos en los que sentía la ira dominándola, no deseaba que ella se llevara bien con Ismael, no quería la aprobación de su madre.

—Mamá, no hemos venido aquí a tomar algo. Tenemos que hablar.

Estaba cansada de tanta tontería. Mejor quitarse el mal trago de encima. Y si todo salía mal, estaban a tiempo de buscar un sitio donde pasar la noche. Su madre se volvió hacia ella con una sonrisa. Se le acercó y cogió su cara con las manos. No entendía ese comportamiento.

—Claro que sí, mi niña, claro que sí. Tenemos mucho de lo que hablar y ponernos al día. Pero tendrá que esperar. Es lo que tiene venir sin avisar, tengo cosas urgentes que hacer. Pero no te preocupes; intentaré cancelar todo lo que pueda.

Su madre le dio un beso en la mejilla y se dirigió a la puerta del salón.

—Pero mamá...

—Antía, las cosas hay que hacerlas bien. Qué manía tienes de pensar que todo gira en torno a tus necesidades. Luego os veo. Un placer conocerte, Ismael.

Y se fue. Y ella se quedó ahí quieta, inmóvil. Eso sí que no se lo esperaba. Quería coger a su madre desprevenida, pero ella había encontrado la manera de conseguir tiempo, de huir del enfrentamiento, al menos por el momento.

Ismael se aproximó a ella y la abrazó. Ella le dejó hacer.

—No pienses mal. Es lógico que, al no saber que ibas a venir, tuviese cosas que hacer. ¿Por qué no me dijiste que no la habías informado de nuestro viaje?

—Quería pillarla de improviso, que no pudiera pensar en una excusa.

—Eso lo comprendo, pero no era esa mi pregunta.

—Temí que me intentaras convencer para que se lo dijera.

—Antía, yo puedo tener mi opinión y en algunas cosas será diferente a la tuya. Pero siempre, o al menos eso espe-

ro, intentaré respetarla y apoyarte. ¿Vale?

—Vale.

Ismael la besó. Un beso dulce, de esos que calman el cuerpo y dulcifican el alma. Recordó el último beso que alguien le había dado en esa casa y las ganas de vomitar que había sentido entonces. ¡Cuántas cosas habían pasado desde ese momento! ¡Cuánto había cambiado ella desde aquel día! Aunque aún tenía viejos fantasmas volviéndola loca. Ojalá este fin de semana sirviera para librarse de muchos de ellos.

—¿Qué hacemos mientras tanto?

—¿Quieres que te enseñe mi pueblo?

—¿Y que tú seas mi guía? Estoy en tus manos.

—Eso suena muy tentador —bromeó ella recordando una de sus primeras conversaciones.

—Pues vamos, niña, quiero ver de dónde vienes.

Se dirigieron a la puerta. Miró un momento la casa antes de abandonarla. Las náuseas seguían ahí. Dudaba que fueran a abandonarla en mucho, mucho tiempo.

3

Lo había echado de menos, no sabía cuánto hasta que había salido por la puerta de su casa y se había encaminado hacia el centro del pueblo. El aire fresco la rodeó, invadiendo y alterando todos sus sentidos. El silencio. Nunca lo habría imaginado. Echar de menos ese silencio. Sin ruido de coches, de la gente invadiendo las calles. Solo roto por el sonido de los animales. Paró unos segundos delante de la cuesta que llevaba al centro del pueblo, contempló las vistas y sintió cómo una energía la dominaba. Era como si se recargara, como si esa tierra que la había visto nacer y crecer la renovara por dentro, y le diera la bienvenida a su viejo hogar, sin rencor por haberla abandonado tan de golpe.

Sonrió a Ismael, que la miraba embelesado, lo cogió de la mano y empezaron a bajar la cuesta. Observó cómo Ismael contemplaba todo con atención. ¿Quién le hubiera dicho hace unos meses que esa noche de pesadilla, en la que todo se había derrumbado, iba a acabar así? Tenía suerte, mucha suerte.

—¿Eso es un puente romano? —La voz sorprendida de Ismael la sacó de su ensoñamiento y sonrió ante la expresión en el rostro de su chico.

—Sí. Creo que es del siglo II, pero durante la Edad Media fue reformado, aunque sigue conservando el almohadillado. Hay historiadores que sitúan este puente en la vía que iría desde Chaves, en Portugal —creo que en aquella época se llamaba Aquae Fluviare—, hasta el norte, hasta Monforte, cruzando el río Sil.

—Entonces sería un lugar estratégico en el comercio de la época.

—Supongo. Se dice que Baños de Molgas sale en el Itinerario Antonino.

—Lo siento, no sé qué es.

Se rio. Ya estaban a los pies del puente. Tres caminos se abrían ante ellos: a su derecha empezaba un precioso paseo a lo largo del río; delante, cruzar el puente y mostrarle otro de los lugares claves del pueblo; a su izquierda, el camino hacia las piscinas y el parque.

—No me lo puedo creer. Algo que usted no sabe.

Ismael la cogió por la cintura y empezó a hacerle cosquillas. Y con esas risas olvidó, durante unos instantes, esa sensación de tener el pecho comprimido.

—Así que crees que soy un sabiondo.

—Solo un poco.

—Pues a ver, sabionda, ¿qué es el Itinerario ese que me has dicho?

—Itinerario Antonino. Qué mal alumno eres.

—Es que la profesora me distrae mucho.

Iba a protestar cuando vio la sonrisa pícara y su mirada inundada en deseo. Notó cómo sus mejillas se ponían rojas y decidió seguir con la ruta.

—El Itinerario Antonino es un documento de la antigua Roma, una especie de guía Michelin de la época. Solo que era utilizado con fines recaudatorios y no para los viajeros, ya que en ella se identificaban las mansiones, y parece ser que una de esas mansiones se encontraba aquí. Y cuando hablo de mansiones no me refiero a palacios, sino a una parada oficial en una calzada romana para sus oficiales y hombres de negocios.

—Curioso. Es un buen sitio donde parar.